



LA SOCIALIZACIÓN MASCULINA: ¿UN DRAMA OCULTO DEL EJERCICIO DEL PODER PATRIARCAL?

María Cristina Palacio Valencia*

El propósito de este artículo es entregar una reflexión preliminar sobre algunos aspectos de la socialización masculina en dos grupos de hombres de la ciudad de Manizales, en el marco del desarrollo del proyecto de investigación "La identidad masculina: una historia de violencias ocultas" que se adelanta en el Departamento de Estudios de Familia de la Universidad de Caldas.

* Socióloga, investigadora. Mg. En Ciencias Políticas. Profesora titular Departamento de Estudios de Familia. Universidad de Caldas. Coordinadora de la línea de investigación en Violencia Familiar.

El inicio de un camino

El interrogante que titula esta reflexión preliminar, hace parte del desarrollo de la investigación *La identidad masculina: una historia de violencias ocultas*.

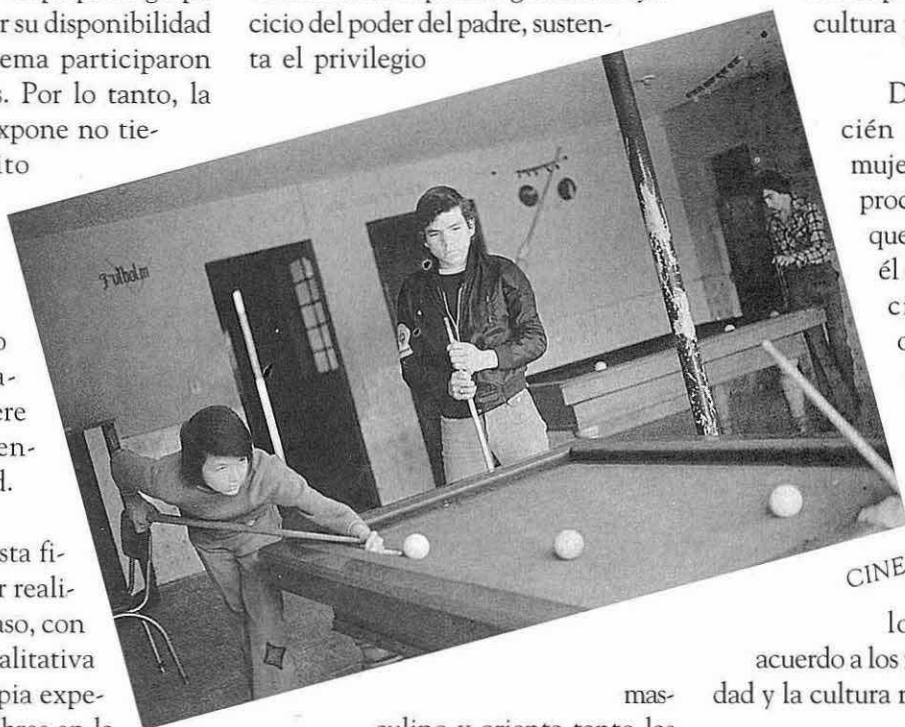
El estudio tiene un carácter exploratorio en el que se privilegia la información cualitativa. Por esta razón se seleccionó un pequeño grupo de hombres que por su disponibilidad e interés por el tema participaron como informantes. Por lo tanto, la reflexión que se expone no tiene como propósito generalizar, sino más bien, indagar sobre un tema aún insuficientemente abordado en las investigaciones y que requiere de una mayor atención y profundidad.

Conforme a esta finalidad se optó por realizar un estudio de caso, con una orientación cualitativa que focalizó la propia experiencia de los hombres en la construcción de su identidad. La información se recolectó en 1998 en la ciudad de Manizales. Una de las estrategias propuestas fue la conformación de un núcleo de once hombres con edades entre los 19 y 40 años, heterosexuales de estrato medio urbano, profesionales y estudiantes universitarios.

Con este grupo se realizaron cinco sesiones en torno a la experiencia de la construcción de la identidad masculina, las relaciones con los hombres y las mujeres, las situaciones de conflicto y de violencia en su

vida familiar, la relación de pareja y la paternidad y su proyecto de vida familiar y social.

Con base en lo anterior se elabora esta interpretación en torno a algunos aspectos de la socialización masculina y la interacción entre hombres y mujeres. En el estudio se toma como marco de referencia el patriarcado, considerándolo como un orden cultural que al legitimar el ejercicio del poder del padre, sustenta el privilegio



masculino y orienta tanto las prácticas y los discursos sobre las identidades masculinas y femeninas, como las formas y estilos de relación entre los hombres y las mujeres.

La socialización masculina un proceso que gira entre el privilegio del poder y la negación de los afectos

Las palabras de Simone de Beauvoir “no se nace mujer sino que se hace”, abrieron la puerta a una de

las mayores revoluciones sociales y culturales de la segunda mitad del siglo XX al confrontar la concepción de una identidad heredada biológicamente.

Desde esta perspectiva se considera que las identidades de género son construcciones socioculturales que definen lo masculino y lo femenino, de acuerdo a los modelos y estereotipos establecidos por la cultura patriarcal.

De esta forma, al recién nacido –hombre o mujer– se le induce en un proceso de socialización que consiste en hacer de él o de ella lo que la sociedad espera. Se orientan todos los dispositivos hacia la formación de comportamientos, prácticas, símbolos, signos, formas de pensar y de relacionarse con los-as otros-as de acuerdo a los modelos que la sociedad y la cultura reconocen como tal.

Para los hombres con los que se trabajó en el grupo focal, su experiencia de vida les ha permitido reconocer la existencia de un divorcio entre el reconocimiento público del imaginario masculino de ser fuerte, racional, práctico, competitivo, guerrero y audaz y el proceso personal de construcción de su identidad. Como lo plantea Michael Kaufman (1995: 122), existe en la vida de los hombres una extraña combinación de poder y privilegios, dolor y carencia de poder. Por el hecho de ser hombres, gozan de poder social y reconocimientos, pero esto causa dolor, aislamiento y alie-

nación, no solo a las mujeres sino también a ellos mismos:

“El tener que demostrar permanentemente la masculinidad es una tarea bastante complicada y dolorosa. Recuerdo que cuando era pequeño enfrentaba la prohibición de llorar aunque tuviera un dolor, me tenía que esconder para poder llorar... y si mi papá me descubría me daba una golpiza para que aprendiera a no ser marica porque los hombres no deben llorar” (grupo focal).

“Aprender a ser hombre, implicó asumir las tareas más fuertes, pesadas y riesgosas. No había opción de cansancio, de mostrar debilidad y mucho menos de esperar una palabra tierna o cálida que me diera ánimo. De lo contrario, estaba demostrando ciertos rasgos de ser una niña, lo cual implicaba un riesgo que no estaba dispuesto a enfrentar... Aprendí a ser hombre a los trancazos” (grupo focal).

De los testimonios anteriores se puede inferir cómo para algunos hombres en su proceso de construcción de la identidad masculina se mutila la expresión de los sentimientos, como lo plantea Elizabeth Badinter (1993). Esta fractura responde a la racionalidad competitiva y a los privilegios propios que requiere el poder patriarcal.

“Tanto mi papá como mi mamá nos decían a los hijos varones, que ser hombre era ser responsable. Que teníamos que aprender a cuidar a la mamá y a las hermanas y para esto debíamos enfrentar todos los problemas que se nos presentaran. Es más

importante pensar que sentir... aprovechar todas las oportunidades y no dejar pasar ningún papayazo que nos encontramos en la vida” (grupo focal).

“La primera vez que sentí que era un hombre de verdad, fue el primer día que no fui a dormir a la casa y llegué muy temprano con el periódico debajo del brazo y la bolsa de leche en la mano” (grupo focal).

“Mi padre y mi madre siempre me expresaron la importancia



Biblioteca Pública Piloto de Medellín.
Foto: Melitón Rodríguez

de tener un hijo varón, pero sobre todo educarlo como un hombre de verdad, para que cuando él se fuera... se fuera tranquilo y la familia no tuviera ningún problema por su ausencia” (grupo focal).

Estas experiencias, en las cuales coincidieron todos los hombres consultados, contienen las referencias de los estereotipos de la socialización patriarcal masculina: su capacidad providente; la asignación del cuidado y protección a las personas consideradas débiles y vulnerables; la exigencia de responder al patrón de identidad del padre; la búsqueda de los recursos

en el espacio público; la disponibilidad y uso de un tiempo no sujeto al ámbito del hogar, entre otros, configuran el sentido de pertenencia al ejercicio del poder y del privilegio.

Además de lo anterior, coincidieron en que una consigna básica de la socialización masculina es la afirmación permanente y constante de la importancia y la superioridad de ser hombre, la cual se sustenta en la captación del significado del padre en el grupo doméstico, y en la percepción del orgullo materno de haber dado a luz a un varón como su sucesor. Este posicionamiento le otorga en primer plano, un probable trato preferencial sobre las mujeres, el reconocimiento y exaltación positiva de lo que realiza, incluso como una manera de justificar actuaciones negativas, dada su condición de varón. Y en segundo lugar, una sobreexigencia del cumplimiento de los roles asignados por el vigilante patriarca respecto a la responsabilidad de protección y cuidado de las personas consideradas más débiles, de su fortaleza y capacidad de defensa como también de sus patrones de comportamiento y orientación sexual.

Más aún, la responsabilidad de cuidar y de proteger no está asociada al placer de expresar afecto sino de manifestar una forma del ejercicio del poder.

En estos casos podría considerarse que la socialización masculina se presenta como una lucha para alcanzar el privilegio del poder a costa de negar las debilidades y fragilidades humanas porque al tejerse alrededor del éxito, la competencia, la guerra, la fuerza y el control, niega la posibilidad de expresar los sentimientos y ocultar las emociones y las necesida-

des. "Pagar este precio se constituye en una fuente de un profundo dolor y de experiencias violentas que se guardan consciente o inconscientemente en el proceso de construcción de esta identidad". (Palacio María Cristina, 1998:33)

La forma como se inicia en la familia la construcción de la identidad masculina da cuenta del mito patriarcal de la fortaleza masculina. Es la condición de un privilegio, de la consigna básica de la superioridad y la importancia que socialmente se le otorga. Sin embargo, esta es solo una cara de la moneda. Imagen que proyecta un reconocimiento pero a la vez oculta la negación de la vida, como lo expresaron en el grupo focal de la investigación y estuvieron de acuerdo en reconocer que:

"Responder a la imagen de hombre y de masculino que esta sociedad demanda, es aceptar la castración afectiva y emocional. Por eso no quiero que mi hijo responda a unas exigencias que antes de fortalecerlo, lo que le van a producir es el asesinato de su alma" (grupo focal).

La interacción masculina-femenina: Una dinámica de encuentros y desencuentros

Uno de los indicadores de los profundos cambios que se presentan

actualmente, tanto en la vida social como en la familiar, alude a la transformación de las relaciones entre hombres y mujeres.

Los procesos de modernización de la sociedad y la construcción de la modernidad quiebran el orden tradicional y relocalizan a los sujetos en el escenario social. Situación que hace explícito el conflicto que enfrenta tanto el paradigma masculino como el femenino. Para el caso de los hombres, aparecen nuevos dispositi-



Biblioteca Pública Piloto de Medellín. Foto: Melitón Rodríguez

vos que hacen visible lo que la cultura patriarcal pretendía mantener oculto: la fragilidad del poder y el privilegio del varón.

La socialización masculina en las condiciones que la ha definido la cultura patriarcal gira a partir de dos ejes: la responsabilidad económica y el ejercicio amplio, sin límites, de la heterosexualidad. Ejes que al constituirse en la puerta de entrada al mundo del reconocimiento y del poder, definen una forma de interacción social orientada al éxito, a la competencia, a la fuerza y a la guerra. Sin

embargo, este aprendizaje no es fácil, en tanto que a pesar de reportarles unos beneficios tangibles, se sustenta en el desarrollo de estrategias que los obligan a encubrir el temor y el miedo. Con esto se descubre el sentido de la identidad masculina. La lucha por su reconocimiento, valoración y apropiación es el resultado de un camino sembrado de obstáculos y dificultades que somete a los hombres a un proceso incierto y lleno de enigmas.

Así mismo, se encontró en la experiencia de construcción de la masculinidad de los hombres consultados, la referencia de un pánico al afeminamiento obligándolos a demostrar su virilidad y masculinidad en una doble vía: distanciándose de las expresiones, actuaciones y símbolos femeninos y maternos, pero a la vez reafirmando con la conquista y la seducción de las mujeres.

Tanto la construcción de la identidad masculina como femenina responden a un proceso que se configura en una dinámica relacional. En este sentido y con base en el testimonio de los informantes, la elaboración de su masculinidad les ha implicado vivir rupturas y negaciones, acercamientos y distancias. Proceso que permitiría demarcar unos hitos, que comprenderían:

En primer lugar, una ruptura con la madre. Es necesario distanciarse de la protección maternal porque esto les niega la autonomía. Aprender a

ser hombres es dejar atrás la necesidad de esta protección; porque les alimenta la vulnerabilidad y su demanda pone en duda la superación de la condición de ser unos bebés. No hacerlo es someterse al señalamiento de una dependencia y de una fragilidad que es calificada como cobardía exponiéndolos a ser rechazados no sólo por las mujeres sino fundamentalmente por los hombres.

“Ser hombre, es estar en la calle no pegado de las faldas de la mamá. Si queríamos molestar a algún amigo, no era sino que le dijéramos que parecía un bebecito” (grupo focal).

“Mi papá me lo repetía siempre: un hombre no es el que sale corriendo a esconderse detrás de la mamá. Aprenda a enfrentar solo el mundo, con cojones de macho, no con lágrimas de mamá” (grupo focal).

Las expresiones anteriores pueden indicar la presión de un discurso socializador patriarcal de romper con la protección maternal. Situación que puede detonar en el inconsciente masculino el miedo a estar afectivamente solo, como lo plantea Walter Riso (1998:38), al considerar que existe un déficit psicológico masculino que suele hacerse manifiesto cuando el hombre se ve obligado a estar solo. Este síndrome de soledad regresiva aparece en situaciones de acontecimientos vitales que implican una pérdida afectiva que genera la emergencia de sentimientos de temor, inseguridad y depresión.

Esta ruptura también les aporta la posibilidad de demostrar social-

mente la capacidad de protección que le pueden brindar a la madre. Ella pasaría de ser protectora a ser protegida y se constituye en un indicador del privilegio de la masculinidad de “cuidar a los más débiles”, como lo expresaron en el grupo focal.

“Cuando tenía como 10 años, me le enfrenté por primera vez a mi papá, porque llegó borra-



1928. Foto: Melitón Rodríguez. Biblioteca Pública Piloto de Medellín

cho y se la montó a mi mamá. Me dio mucho susto pero ya no aguantaba más la vida que él le daba a la vieja... curiosamente después de eso mi papá comenzó a mirarme con respeto, como a otro hombre” (grupo focal).

En segundo lugar, el proceso de construir la masculinidad durante la infancia, genera la obligación a algunos hombres de alejarse de los juegos, los signos y los símbolos femeninos y acercarse a su grupo de pa-

res. La cercanía a las mujeres, especialmente en los juegos, les puede aportar una duda social a su identidad. Ellas aparecen como un riesgo, se deben observar pero para crear distancia y evitar confusiones en su identidad. Situación que se podría evidenciar durante la infancia, en la cual los niños varones asumen una interacción distante de las niñas y cercana a los niños. Sus pares de género son la prueba de lo que son o pretenden ser. Hay que evitar a toda costa que los consideren unas nenas. Lo anterior permite interpretar las siguientes narraciones:

son o pretenden ser. Hay que evitar a toda costa que los consideren unas nenas. Lo anterior permite interpretar las siguientes narraciones:

“Cuando yo estaba en la escuela, mi casa quedaba al lado y a la hora del recreo mi papá se asomaba para ver con quién jugaba. Si me veía con niñas me regañaba porque estar con ellas era coger las mañas femeninas. Estar con los niños era mucho más importante y menos riesgoso; además, con ellos aprendía a ser hombre” (grupo focal).

“Al regresar a Manizales me entraron a una escuela mixta. Era la primera vez que yo estudiaba con niñas, me sentí raro y me dio miedo de que me volviera marica” (grupo focal).

Según los informantes, durante la adolescencia la relación con los hombres y las mujeres cambia. La cercanía con los hombres, con sus pares de género, se constituye en un peligro y genera duda. Las presiones culturales que se manifiestan a través de la vigilancia familiar y social, los conducen a crear límites y distancias afectivas de sus compañeros de juego y deporte y, de esta manera, evitar el señala-

miento de una homosexualidad. Por esto se les exige una aproximación a las mujeres, por medio de la seducción y la conquista. Este acercamiento no es a lo femenino, es a la posesión de la mujer, para demostrar su masculinidad.

“A partir de los 12 años aproximadamente, las conversaciones con los amigos eran en torno a las mujeres. Había que demostrar ante ellos la experiencia que estábamos alcanzando. Era necesario presentar las fantasías eróticas como si fueran historias verdaderas, para ganar el reconocimiento. De lo contrario, nos sometíamos a que nos dijeran que si no nos poníamos las pilas nos quedábamos maricas” (grupo focal).

Con base en el registro anterior se encuentra que los hombres consultados identifican en su experiencia de vida masculina, algunos cambios en el estilo de relación con los hombres y con las mujeres. A partir de su adolescencia definieron reglas de competencia, ya no frente al deporte sino a la capacidad de conquista de las mujeres y de cierta distancia respecto a los hombres. De esta forma, sienten la necesidad de incorporar en los referentes

de las actuaciones y conversaciones cotidianas la presencia de las mujeres, principalmente a través de una relación amorosa.

De esta forma podría considerarse que el mandato cultural patriarcal masculino se presenta conflictivo para algunos hombres, al tener que enfrentar la presión social de la independencia con la madre, la separación de los grupos de pares y la exi-



gencia de la sexualidad heterosexual.

En síntesis, para el grupo focal de 11 hombres consultados, su proceso de socialización masculina les demarca una ruta en la cual el reconocimiento de la identidad masculina se presenta como un laberinto de poder y privilegio por un lado; pero,

por otro, como un camino de negación y ruptura.

Bibliografía

- ARENTH Hanna, *La condición humana*, Universidad de Chicago, Chicago, 1958.
- BADINTER Elizabeth, *El uno es el otro*, Planeta, Santa Fé de Bogotá, 1987.
- , *X Y La identidad masculina*, Norma, Santa Fé de Bogotá, 1993
- BEJAR Helena, *La cultura del Yo*, Alianza Universidad, Madrid, 1993.
- FULLER Norma, *Identidades masculinas*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1997.
- GIDDENS Anthony, *Modernidad e identidad del yo*, Península, Barcelona, 1997.
- KAUFMAN Michael, “Los hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en: *Género e identidad*, Tercer Mundo, Santa Fé de Bogotá, 1995.
- , “Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres”, en: *Masculinidad-es-poder y crisis*, Isis # 24, Santiago de Chile, 1997.
- MOORE Robert, Douglas Gillette, *La nueva masculinidad: Rey, Guerrero, Mago y Amante*, Paidós, Barcelona, 1993.
- PALACIO V. María Cristina, “Identidad masculina: Un Laberinto de poder y de violencia”, en: *Revista Eleutheria* #2, Departamento de Desarrollo Humano, Universidad de Caldas, Manizales, 1998.
- RISO Walter, *Intimidades masculinas*, Norma, Santa Fé de Bogotá, 1998.
- RUIZ-BRAVO Patricia, *Detrás de la puerta: Hombres y mujeres en el Perú de hoy*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1996.

CINEP